

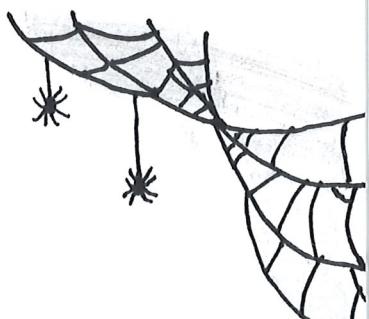
# - El recuerdo de la flauta -



Me contaron hace tiempo que mi familia salió del hospital conmigo en brazos y fueron al pueblo de mi abuelo que se había quedado viudo hace dos años a visitarle y para conocerme. Cuando llegamos, Félix estaba tan contento que hasta alguna lagrimilla soltó de sus ojos recomiéndole las mejillas, ¡qué feliz se sentía!

- Mira papá, te presento a Cloe.

Durante los tres primeros años de mi vida estuve con mi madre en casa y muchos días íbamos a visitar al abuelo y pasábamos muy buenos ratos juntos. Me enseñaba cosas del pueblo y me contaba muchas historias del campo, la naturaleza y muchos refranes. Mi madre tuvo que incorporarse al trabajo y decidieron traer al abuelo a casa, no sólo para que no estaría sólo en el pueblo sino también para cuidarme. Al principio a Félix no le agrado mucho la idea de dejar su pueblo, en el cual había pasado prácticamente toda su vida, pero con el tiempo comprendió que así estaría mejor arropado por nosotros. Al llegar a casa y bajar todas sus cosas del coche había una caja extraña de color amarillo con notas musicales; el abuelo la cogió con mucho cuidado y la subió a la buhardilla.



Un día, al salir del colegio, me fui a merendar y cuando acabé me esquivé y subí a la buhardilla. Abri la caja amarilla que vi sacar al abuelo, me dio mucha intriga. Intenté a abrirla pero el abuelo entró y me preguntó:

- ¿Qué haces con eso?

- ¿Qué hay dentro abuelo?

- Mi flauta.

- ¿Sabes tocarla, me tocas algo?

Y Félix me tocó el himno de Asturias.

"Asturias patria querida, Asturias de mis amores..."

Un día al salir de clase el abuelo fue a buscarme a la salida del cole y le dije:

- Tengo examen de flauta.

- ¿Y sabes tocarla?

- Bueno, no muy bien.

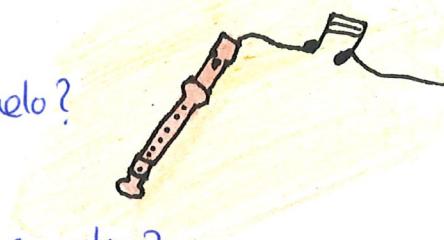
Entonces, cuando llegamos a casa, el abuelo me enseñó a tocar el himno de Asturias con la flauta. Me lo pasé genial, cada día tocábamos un poco más. Me enseñó todas las notas musicales y muchas más canciones, porque él tocaba en una banda de joven.

Durante algún tiempo el abuelo y yo tocábamos juntos casi todos los días en los ratos libres que tenía después de clase. Pero un día fue a recogerme al cole y me preguntó:

- ¿Tienes tarea?

Y le contesté:

- Sí, de mate.



A los pocos minutos el abuelo me volvió a preguntar:  
- ¿Tienes tarea?

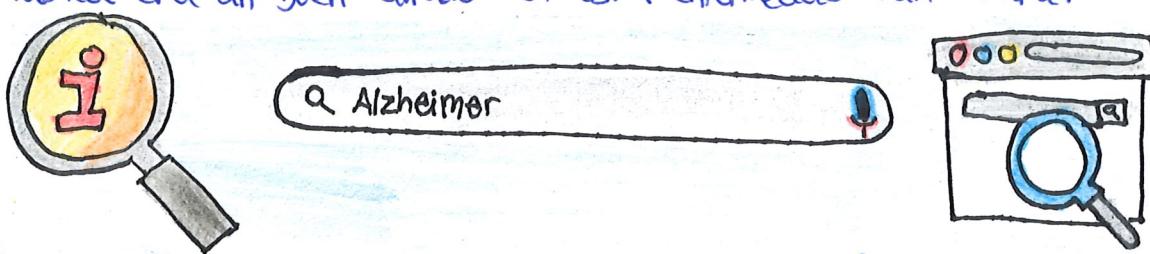
Abuelo ya me lo has preguntado antes -le dije.

Al principio no le di importancia, pero cada día que pasaba me preguntaba o me contaba cosas que habría hecho una y otra vez. La cosa no mejoraba y como el abuelo decía: "mal que no mejora empeora". Recuerdo que un día no fueron a recogerme al cole y tuve que quedarme al comedor porque mi madre fue a llevar a mi abuelo al médico.

Un día hablando con mi madre le pregunté qué le pasaba al abuelo, que ya no estaba como antes y le notaba diferente, como distraído, ausente; etacomo que no me escuchase...

Claro tu abuelo tiene Alzheimer, -dijo mi madre.

Yo no sabía qué era aquello, pero comencé a buscar información para poder ayudar a mi abuelo como él lo habría hecho conmigo. Descubrí que los juegos de memoria les ayudaban bastante y también la música era un buen aliado en esta enfermedad tan dura.



Poco a poco mi abuelo estaba cada vez peor, ¡qué triste me sentía! Y aunque ahora ya estaba terminando la ESO y no venía a buscarme, echaba de menos esos paseos de vuelta a casa hablando de todo lo que nos habría pasado durante la mañana.

Cuando ese verano me dijo mi madre que iban a llevar al abuelo a una residencia porque ya no estaba seguro en casa, fue un momento muy duro para mí.

Un día entré en una tienda de música y encontré un puzzle con un pentagrama y unas notas musicales y pensé que igual podía ayudarle a recordar algo de lo que vivimos y vivió en su juventud, su amor por la música.

Ese fin de semana fui a ver al abuelo a la residencia con mis padres, y el pobre cada vez estaba peor: ya casi ni hablaba ni reaccionaba a nadie. Le abrí el juego y le dije:  
-Abuelo, ¡Vamos a jugar!



Y me sorprendió con qué facilidad colocó todas las notas en su sitio.

-Muy bien, abuelo.

Los cuidadoras de la residencia me felicitaron por tener una idea tan brillante. Pero fue al cabo de unas semanas <sup>cuando</sup> se me ocurrió llevar la flauta y tocar para él. Aquel día las cuidadoras de la residencia llamaron a mis padres porque Félix cada vez se apagaba más. Decidimos ir a visitarle esa tarde y llevé la flauta. Al entrar al cuarto nos pusimos alrededor de él y yo enfrente, y le dije:

-Abuelo, ¡vamos, yo toso y tú cantas!

Comenzé a tocar y el abuelo cantaba muy bajito...

"Asturias, patria querida"

Su lágrima rodaba cuesta abajo y añadió "dile".

Dejé de tocar y corrí a su lado a abrazarle. Te quiero abuelo -  
Le dije.

Cada semana iba con la flauta a tocarle canciones y él estaba un rato feliz. Yo le veía contento, ¡qué satisfacción era poder verle como maría los pies al ritmo de la música y con una pequeña sonrisa de felicidad! Y así pasamos casi dos años más. Justo cuando acabé Bachiller, ese verano, el abuelo empeoró y falleció al cabo de una semana. Según los responsables de la residencia, mis visitas alargaron sus días, porque la música le sirvió de terapia. Parece que, aunque aquél día me reconoció, al final acabó olvidándose, pero siempre nos quedaron la música y la flauta. Lo que siempre recordare fue todos los momentos vividos a su lado y aunque el Alzheimer es una enfermedad muy dura (ver como se consumen sus recuerdos como una vela), siempre nos quedará su esencia y su sabiduría siempre perdurarán en nosotros. Porque como decía mi abuelo:

"Nadie muere; mientras alguien lo recuerde, permanece vivo en el corazón".

